

En la Playa

LA CRUZ DE NAZARET.

LA humilde casita de Nazaret, donde habitaban Jesús, María y José, era el centro de todas las miradas del Eterno, que encontraba sus complacencias en aquellas tres augustas personas, verdadera trinidad terrestre por la unidad de sentimientos.

Jesús, el Dios-Hombre, había cumplido los doce años, y comenzaba a ayudar en el oficio de carpintero a su padre nutricio San José. María, después de dedicarse a los quehaceres domésticos, no se desdénaba de manejar el huso, ganando el sustento con el trabajo de sus manos virginales, dignas del ósculo purísimo de las más altas jerarquías angélicas.

La humildad, la resignación, el consuelo, la paz, los castos amores, la santidad, todas las virtudes en su más heroico grado, reinaban en aquel pobre y humilde taller, convertido en verdadero cielo. A él acudían los ángeles para adorar, en éxtasis de sublime adoración, al Dios tres veces Santo, que trabajaba como pobre artesano, canoñizando con su ejemplo la ley universal del trabajo, impuesta al primer hombre, cuando salió desterrado del Edén, en pena de su pecado.

Una tarde salió José del taller, llamado por un vecino de Nazaret, que quería encargar algunos trabajos al santo esposo de la más pura de las vírgenes. Quedaron solos María y su Hijo.

Jesús entreteníase, al parecer, con un martillo y dos tablas medio envueltas en un montón de virutas. El divino adolescente, rendido por el cansancio, derramaba abundantes gotas de sudor, pero no por eso dejaba su trabajo.

María, viéndolo tan sudoroso, se acercó a él y le dijo con acento de dulcísima ternura:

—¡Jesús, hijo mío, estás sudando! Descansa, que ya has trabajado bastante.

Y al mismo tiempo enjugó la frente divina de aquel Hijo, el más hermoso entre los hijos de los hombres, depositando en ella un ósculo suavísimo, en el que puso toda la intensidad de su corazón de Madre.

Jesús, obediente a la voz de su Madre, se levantó para sentarse y descansar. En sus manos divinas tenía la pequeña Cruz, que acababa de hacer. María, al verla, palideció. Cual visión fatídica, apareció ante su vista la Cruz de la Pasión, con todos los ho-

rrores del sangriento drama. Por natural instinto de su maternal corazón abrazó a Jesús, como si quisiera defenderlo; y fijando su triste mirada en la crucécita, que aun tenía el Niño, exclamó con voz que pareció un gemido: ¡¡Una Cruz!!

—Sí; Madre mía; una Cruz. Día y noche la desea mi corazón. ¡Me es tan agradable pensar que un día, en la cumbre...!

Jesús, el más amante de los hijos, no quiso pronunciar el nombre del Calvario. ¡Bastante sufría su santa Madre, recordando a todas horas la profecía del anciano Simeón; cuyas palabras, cual puntas aceradas, hundíanse cada día más y más en el destrozado corazón de María!

Madre e hijo, sentados junto a la ventana hundieron su mirada en la lejanía, por la parte del sur, en dirección a la ciudad santa de Jerusalén. Los dos guardaban agosto y misterioso silencio. Pero aunque callaban las lenguas, hablaban los corazones el lenguaje del amor y del dolor. La mirada de sus almas, más viva y penetrante que la de su cuerpo, estaba fija, tenazmente fija, en la sombría cumbre del Calvario; y en el Calvario veían la Cruz y en la Cruz al Hijo del Hombre, desamparado, exangüe, agonizante, dando el último adiós a su triste y dolorosa Madre.

Unas cuantas golondrinas que no habían cesado de revolotear, rozando el muro con sus alitas enlutadas, posáronse en la ventana junto a Jesús y María. Las simpáticas avecillas cantaban llorando, como si quisieran asociarse, con la alegría de sus cantos, al dolor del Hijo y de la Madre. Años después, fueron también a posarse en los brazos de la Cruz, en la memorable tarde del primer Viernes Santo, que conoció el mundo, la tarde más triste de todos los siglos.

Jesús miró a su Madre y vió su rostro virginal humedecido por dos gruesas lágrimas.

—¡Lloras, Madre mía!—le dijo con acento de infinita compasión.

—¡Sí, Hijo mío. Llora al pensar que un día será la Cruz... ¡Es tan doloroso a mi corazón ese recuerdo!...

—Sí; doloroso para vuestro corazón y el mío. Pero... ¿y ellos?... ¿y los hombres?... ¿qué será de los hombres sin la Cruz?... ¡Los amo tanto!

—¡Los hombres!... ¡Ah! también mi corazón los ama. ¡Pero la Cruz!... ¡y una muerte así!...

La pobre Madre calló. Víctima de

dolor profundo cayó en un estado semejante al de su divino Hijo, cuando en la noche de la pasión, postrado al pie de los olivos de Getsemani, pidió a su eterno Padre, que pasase, si era posible, el amargo caliz de tantos sufrimientos. Por eso dejó escapar de su afligidísimo corazón aquella exclamación.

—¡Pero la Cruz...! ¡y una muerte así...!

Jesús que conocía el riquísimo tesoro de virtudes del alma de su Madre, y el amor que profesaba a los hombres, le contestó:

—¡Sí, Madre mía; la Cruz! La Cruz como la vieron los profetas; como la vió Isaías, con todas las torturas y afrentas que convertirán al Mesías en Varón de dolores... La Cruz como la vió David, pendiente de ella el Hijo del hombre, negado, escarnecido, desechado por su pueblo, por sus hijos... La Cruz como la quiere mi Eterno Padre, con el peso de todas las iniquidades, de todos los pecados y crímenes del mundo... La Cruz con todos los horrores del Calvario; con todas las angustias y desconsuelos y sombras de la muerte... ¡Oh! cómo la desea mi Corazón!... ¡Madre! ¡Madre mía! también tú la deseas; tú también quieres la gloria de mi Padre, y la salvación del mundo. Y la Cruz, Madre mía, la Cruz será el árbol de bendición para el hombre; la escala por donde ascenderán los desterrados a su verdadera patria, al cielo... Sí; la Cruz, las agonías, la muerte, y que se salven mi hermanos los hombres...

Jesús calló. La divinidad resplandecía en su hermosísimo rostro. El horno encendido de su Corazón se reflejó en sus ojos, iluminados por todas las llamas del amor divino-humano. María estrechó a su Hijo en un abrazo de ternura intensa; y tomando la pequeña Cruz, en un arranque de amor generosísimo, de abnegación heroica, de sublime oblación, exclamó:

—¡Sí; Hijo mío! ¡La Cruz, la Cruz! con todos sus horrores, con todos los abismos del dolor, con la espada de Simeón, con todas las torturas profetizadas por los Videntes de Israel. También yo la acepto, Hijo mío, por amor a los hombres, de quienes seré madre por el mayor dolor y por el mayor amor... La Cruz, con las angustias del Hijo y de la Madre, con las sombras del sepulcro, con las intensas amarguras de mi Soledad...

(Pasa al pie de la pag. siguiente).